

Recuerdo del Dr. Raúl Wünkhaus R.

Conocí a don Raúl como estudiante de 5º año de medicina, siendo él tutor del curso de Cirugía en el Departamento correspondiente de nuestro Hospital Clínico. Luego me encontré con sus enseñanzas en el internado de cirugía y como becado de primer año. En ese entonces fui asignado al equipo del profesor Dr. Mario Lazo, del cual el Dr. Wünkhaus, junto a los Drs. Augusto Larraín y Attila Csendes, era miembro estable.

En los primeros procedimientos de cirugía general (hernias y vesículas) fui siempre apoyado por don Raúl y, lo mismo que a mí, estuvo permanentemente dispuesto a ayudar a otros jóvenes becados, algunos de los cuales son ahora también miembros de nuestro Departamento.

Guardo una especial gratitud hacia el Dr. Wünkhaus pues no solo me ayudó en mis primeros pasos como cirujano, sino también en mi inserción laboral al darme una oportunidad de ingresar a la entonces Clínica Bancaria y en la actual Clínica Dávila como su reemplazante, luego residente y, durante muchos años, como su cirujano ayudante.

Posteriormente, ya retirado de los pabellones, don Raúl siguió colaborando generosamente con el hospital universitario aportando su sabiduría, experiencia, buen criterio médico y rectitud en el Comité de Ética de nuestro centro asistencial. Tal como se ha dicho en otro discurso de homenaje y despedida, el Dr. Wünkhaus será recordado y admirado por haber trabajado siempre con responsabilidad y sin afán de notoriedad. Nos abandonó a su modo, también muy silenciosamente. ¡Muchas gracias por todo, don Raúl!

Dr. Italo Braghetto

Homenaje al Dr. Raúl Wünkhaus Ried*

Raúl Wünkhaus Ried nació en Concepción en 1928. Su padre era industrial en esa ciudad. Por el lado materno sus ancestros se remontaban al Dr. Aquinas Ried, personaje legendario y fiel exponente del romanticismo alemán, quien, llegado a Valparaíso en los años 1840, fue tan versátil como para componer una ópera por una parte, y ser uno de los precursores de la colonización alemana en el sur de Chile, ya que antes de Carlos Andwandter y su grupo, Ried hizo un intento malogrado de colonización en las cercanías de Río Bueno, junto con Philippi y Kindermann.

La infancia y adolescencia de Raúl no fueron fáciles. La fábrica de confecciones del padre fue totalmente destruida por el terremoto de 1939, sin contar ella con cobertura de seguros, circunstancia que por cierto afectó la situación financiera de la familia. Cursó el Colegio Alemán de Concepción desde 1944 hasta 1946 y el Liceo de Hombres de la misma ciudad. En 1947 ingresó a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile.

Conocí a Raúl en 1949, en el Centro Estudiantil Universitario Araucanía, una agrupación de estudiantes de ascendencia alemana a la que se reconoce pertenencia de por vida. Teníamos ambos como tutor en esa institución al Dr. Víctor Ide Richter, fallecido hace pocos meses. Esa circunstancia nos hizo bastante cercanos desde un comienzo. Pero quizás más que ese hecho nos acercó aún más la comunidad de intereses, además de la condición de médico-cirujanos. A esa agrupación estudiantil le dedicó Raúl mucho cariño y dedicación y llegó a dirigirla en 1952.

A poco tiempo de titularse de médico, Raúl viajó a Alemania, más precisamente a Bonn, para hacer uso de una beca de perfecciona-

miento. Un par de décadas después repetiría la experiencia, esta vez en Göttingen en compañía de su esposa. A su regreso se desempeñó por largos 15 años como cirujano en la prestigiosa Clínica Alemana de calle Dávila. Posteriormente atendió en la Caja Bancaria de Pensiones y fue profesor asociado en la Cátedra de Cirugía del Hospital José Joaquín Aguirre de la Universidad de Chile. Ejerció tutoría sobre más de mil alumnos de Medicina que después, en calidad de médicos, le manifestaban su afecto y reconocimiento. Era profesor exigente.

El reconocimiento de su labor médica fue múltiple. Le fue otorgado el Premio Ricardo Günther. En años más recientes fue declarado miembro honora-



rio de la Sociedad de Cirujanos de Chile y desempeñó, hasta el año pasado, la delicada función de integrante del Comité de Ética del hospital universitario. Desempeñó su profesión hasta el final, trabajando en el Instituto Médico Legal.

Raúl Wümkhaus tuvo la gran suerte de casarse con una admirable mujer, Ingrid Hamdorf, que le acompañó fiel y solícitamente y le dio 3 hijos: Janice, Raúl y René, todos ellos profesionales y gran orgullo de sus padres. Se agregan a esta hermosa familia 8 nietos.

Pero más que describir sus cualidades médicas, que fueron destacadas a no dudar, deseo relatar cómo era Raúl como persona. Pienso que en ese aspecto interpreto el sentir de un grupo de sus amigos cercanos, casi todos aquí presentes.

Raúl Wümkhaus fue evidentemente una personalidad poco corriente. Dominaba el castellano y el alemán a la perfección a un nivel

de excelencia casi literaria. Lector incansable, en el terreno filosófico y literario existían pocos secretos para él. La música, la buena música, lo apasionaba. De todos los géneros musicales, posiblemente el que más concitaba su atención y preferencia era el Lied, don-

de la poesía se da la mano con la música. Este género tan germano trasuntaba la personalidad de Raúl, quien culturalmente era genuinamente alemán. Conocía muy exactamente todas esas creaciones musicales y le agradaba escucharlas en boca de distintos intérpretes. Sus gustos, y probablemente va a sorprender lo que digo, eran románticos. Un ejemplo de ello es su gusto por el legado pianístico de Schumann, que está, por lo general, pleno

de dificultades a quien no haya tenido la completa formación musical de Raúl. Estas preferencias musicales no excluían tampoco a un compositor tan alemán y discutido como Wagner. Contaba con la compañía entusiasta de Ingrid también en esas aficiones.

Muy crítico, era directo e iba al fondo de las cosas. No era amigo de la sociabilidad a gran escala, sino prefería alternar en pequeños grupos de amigos. Su conversación nunca era banal o intrascendente. Puedo decir con propiedad que, aunque no siempre estuviera de acuerdo en todo con él, nunca una conversación con él fue aburrida. A veces vehemente, pero nunca ofensivo al defender sus convicciones. Era auténtico y decía lo que pensaba. Le adornaba una rectitud a toda prueba.

Probablemente algunas de estas cualidades no le hicieron fácil a veces el paso por este mundo. Conversando ayer con Oscar Schi-

ling, uno de sus mejores amigos y con quien compartió algunos cursos de filosofía, cotejábamos nuestros puntos de vista y ellos eran muy coincidentes en la apreciación de las cualidades de Raúl. Mientras más se le conocía, más se le quería. Pienso, al expresarlo así, representar la opinión de los demás amigos, incluso aquellos con quienes no tuve la oportunidad de conversar ayer, pero con quienes más de una vez comentamos lo llamativos y valiosos de los atributos de nuestro amigo.

En estos últimos años, en esa institución estudiantil a la cual hice referencia al comienzo, le veíamos con menos frecuencia que antes, en aquellos tiempos cuando brillaba por su ingenio y su rapidez en la réplica. Le pregunté en una ocasión a qué se debía. Me contestó con un "Mira, Carlos" y echándose levemente hacia atrás, que constituía en él una forma típica de empezar cuando tenía que decir algo delicado o importante: "es porque oigo mal cuando hay mucha gente reunida". Nada más dijo y me quedé pensando ¡cuánto debe haber sufrido debido a esa limitación!

Quiero concluir deseándole paz y consuelo a todos sus familiares. Pueden tener la certeza que Raúl no pasó por este mundo sin dejar una huella profunda.

Querido Raúl: ¡te echaremos mucho de menos!

¡Descanza en paz!

Dr. Carlos Eggers Sch.

*Discurso leído durante las exequias del Dr. Raúl Wünkhaus, y cedido gentilmente por su amigo el Dr. Eggers.